

COMEDIA LLAMADA MEDORA

muy ajable y regozijada, compuesta por Lope de Rueda

GARGULLO, *lacayo.*

UNA GITANA.

MICER ACARIO, *ciudadano.*

BARB[A]RINA^o, *su muger.*

ANGÉLICA, *su hija, dama.*

MEDORO, *hijo de Acario.*

PAULILLA, *moza.*

ORTEGA, *simple de Acario.*

AGUEDA, *muger anciana de Lupo.*

CASANDRO, *gentilhombre.*

FALISCO, *su criado.*

PERICO, *su pai.*

LUPÓ, *padrastra de Estela.*

ESTELA, *donzella.*

ARMELIO, *que es el Medoro.*

[PEÑALBA, *lacayo.*]

[LOGROÑO, *lacayo.*]^o

que son encaminadas por Dios, ¡cómo siempre vienen a parar en buen suceso!

VERGINIO. Así es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA. Fabricio, abraza tu padre.

FABRICIO. Deme sus manos, señor.

VERGINIO. ¡Jesús y cuán semejante es a Lelia! Bendígate Dios, hijo mío, a ti y a tu esposa.

CLAVELA. Y a él dé largos días de vida.

GERARDO. Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que Lelia fuese mi muger, según aquí Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno y, de hoy más, por consuegros y hermanos nos abracemos.

VERGINIO. Que me plaze. Y vamos derecho a mi aposento, donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELO. ¡Sus, señores! Si les pareciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguese a la posada del señor Verginio, que, a fe de hombre de bien, según el preparatorio, no falten quejosos. Y, por tanto, perdonen.

FIN DE LA COMEDIA
LLAMADA DE LOS ENGANADOS

118191811

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RI



AUTOR QUE HAZE EL INTROITO

Un micer Acario, nobles auditores, tuvo dos hijos en Barbarina, su muger: un varón y una hembra, tan semejantes en forma y gesto cual suele y puede cada día hazer la gran maestra Naturaleza. En este tiempo, andando los gitanos por estas partes, por no estar Acario ni Barbarina, padres de los niños, en casa, una gitana entra y hurta a Medoro, que así había nombre el mo- chacho, y dexa en la cuna un gitanillo, hijo suyo, muy malo; tanto que de allí a pocos días murió. Quedando Angélica, que ansina se llamaba la niña, criándose en casa de los padres y creciendo en hermosura, honestidad y buenas costumbres, Casandro, gentilhombre, de noble sangre, de Angélica se enamora. En este comedio allega la gitana, que trae a Medoro en su compañía, vestido en hábitos de muger, llamándole Armelio. El Casandro que la vee, pensando que es Angélica, le habla en amorosas palabras, y el mo- chacho le desconoce. Sobre esto verán, señores, graciosissimas marañas y de qué suerte descubre la gitana cuyo hijo es Medoro, dexando a parte los amores de Acario con Estela y los de Barbarina con Casandro *, y las astucias de Gargullo, lacayo, y las necedades de Ortega, simple. Porque todas estas cosas son parte de la comedia para hazella más graciosa y servir a vuessas mercedes como todos desseamos. *Et valete.*

SCENA PRIMERA

INTERLOCUTORES

ANGÉLICA, dama.—PAULILLA, moza.—GARGULLO, lacayo.—ESTELA, doncella.—LOGROÑO, lacayo.—PEÑALBA, lacayo.—UCA GITANA.—ARMELIO, que es MEDORO.

ANGÉLICA. ¡Paulilla!

PAULILLA. Señora.

ANGÉLICA. Entre tanto que Barbarina, mi madre, está ocupada en sacar aguas de sus alambiques, te quiero hablar un poquito acá fuera.

PAULILLA. ¿Por qué acá fuera, señora?

ANGÉLICA. Porque mientras que mis padres me conceden un poco de descanso, quiero salir de prisión y abrir los ojos y estender la vista por esta calle, pues es hora en la cual no podemos ser impedidas de ninguno.

PAULILLA. Tenéis razón. Y maravillome de una guarda tan estrecha como vuestros padres os ponen. ¿De qué se recelan?

ANGÉLICA. Tú tienes razón. Y estoy admirada, con tanto encerramiento, cómo no imito a mi hermano Medoro, nascido conmigo de un mismo parto, el cual dizen que se transformó en la cuna súbito, y así dizen que murió.

PAULILLA. Señora, no debemos de cuitarnos, que todo se hará a vuestro plazer.

ANGÉLICA. Pues otra cosa hay que tú no sabes.

PAULILLA. ¿Y qué, señora?

ANGÉLICA. Que mi madre Barbarina se ha encomendado también a Águeda, la cual le ha dicho le traiga agua de siete fuentes y la tierra de siete muertos para hazer ciertas cosas, y ella lo comienza a poner por la obra. De más d'esso, nunca entiendo sino en exalbegarse aquel rostro, enrojarse aquellos cabellos, polirse aquellas manos, que no parece muchas vezes sino disfrez de carnestoliendas.

PAULILLA. ¡Oh, quién tuviese una semana sola libertad sobre aquestos viejos sin vergüença, que quieren igualarse con los moços a despecho de los años y, mezclándose d'ellos, quieren mostrar sus espetáculos a todas las fiestas, a toros, a justas, a comedias, embutidos de paños aquellos huessos cubiertos de piel má duro que aquel de que Margute * hazía sus coracinas! ¡Oh, quién supiese hazer coplas sobre ellos y qué haría!

ANGÉLICA. Desbabada soy estada escuchándote por ver a dónde ibas a parar. Pero, en fin, siendo tú superiora d'ellos, ¿qué harías?

PAULILLA. Dexemos las burlas, que yo me entiendo. Pero dezíme, ¿Qué os ha dicho Águeda de vuestro negocio?

ANGÉLICA. Díxome que Casandro se quería casar conmigo.

PAULILLA. Aquesso bien me paresce. Tal mal venga por Paulilla, amén.

ANGÉLICA. ¡Ay, Dios me lo conceda! Agora yo me maravillo si algunas dueñas de las antiguas se buscaron la muerte, agora con fuego, agora con hierro, agora con otro cualquier instrumento, si las tales acaso amaban. ¡Oh, amor, cuánto os debo reverenciar por haberme echado en suerte un tal hombre! Plégaos encendelle en la misma flecha que a mí. Mas, ¡ay!, que Gargullo viene. Entrémonos a priessa.

GARGULLO. Ansina viva el molino de viento que está fundado en Villafranca de Niça y el serpentino de fuslera que se forjó en la casa de la fundación de Málaga, como de semejantes palabras había yo de ser su amigo, y más empinándose para mí. ¡Oh, pobre de ti, Gargullo! ¿Qué se hizieron los cinco que yo destripé en Isladeras, cuando tuve el desafío campal con Segredo, el alférez, y con sus consortes? Pues

aquí tengo las propias manos con que ahogué la espantosísima sierpe en la sierra de Gata, día señalado del señor sant Jorge, antes que el sol saliese. Pero, ¿qué monta? Que en esta tierra farfante no son conocidos los valientes, pues aún no habéis puesto mano a la hoja, cuando ya os tienen hecho gineté de albarda.

ESTELA. ¿Qué's esto, señor Gargullo? ¡Ah! Paso, que podéis despertar a mi padre Lupo. ¿Cómo vais tan arrufaldado?

GARGULLO. ¡Ah, señora Estela! ¿Y es nuevo para mí ejercitar las armas?

ESTELA. ¿Y con quién es la pasión?

GARGULLO. No me lo preguntes, que con un hombrezillo de poco lo he, que no es nada.

ESTELA. Mas, por mi vida, ¿con quién lo has?

GARGULLO. Juramento me has tomado, que no puedo dexar de dezirte la verdad. ¿Conoces a Peñalbilla, el comprador del canónigo Villalba?

ESTELA. Sí, muy bien. ¡Mira si le conozco!

GARGULLO. Pues con esse mismo.

ESTELA. Ya, ya. ¿Con aquel dolorido? No me dé Dios más trabajo que cargallo de chapinazos.

GARGULLO. Pues esos tales son los que Dios me echa a mí en suerte porque no pueda executar mi cólera.

ESTELA. Pues cátales. Viene. Yo me entro de la ventana. No me le dexes diente en aquella boca, porque me tiene enojada.

PEÑALBA. Hallaros tenía, doña gallinilla. Echá mano.

LOGROÑO. Passo, señor Peñalba. ¿No sabríamos qué pendencia es ésta?

PEÑALBA. ¿Ibades a dar quexa, ladrón?

GARGULLO. ¿Ladrón soy yo, señor Peñalba?

PEÑALBA. Levántotelo, fullero.

GARGULLO. No me lo levantáis, mas de mí a vos fuera bien dicho, y no delante tanta gente de honra.

LOGROÑO. Vení acá, señor Gargullo. ¿Es esta pendencia por un bofetonzillo que dizen que el señor Peñalba os dio?

GARGULLO. ¿Pues paréscete a vuessa merced que está bien hecho que me dé él a mí bofetón en mis barbas y a traición?

LOGROÑO. Vení acá. ¿Y a traición llamáis si os lo dio cara a cara?

GARGULLO. ¿Y no le parece a vuessa merced traición, pues me lo dio sin pedirme licencia?

LOGROÑO. D'essa manera, cuando el señor Peñalba otro tanto hubiesse de hazer, yo haré con él que os avise primero.

GARGULLO. Y con esso quedo yo con toda mi honra.

LOGROÑO. Guárdenos Dios, sin perder punto ninguno.

GARGULLO. ¡Suso! Bien está. Vaya vuessa merced y tómele la mano, con condición que me avise primero.

LOGROÑO. Que él lo hará. Y cuando no, yo cumpliré por él.

—¡Ah, señor Peñalba! Vuessa merced me dé la mano y sea amigo del señor Gargullo.

PEÑALBA. Señor, que me plazce. Pero mire, señor Logroño, que se trate con toda la honra del mundo.

LOGROÑO. Tratado está. ¡Sus, baste! Dad acá la mano vos, Gargullo.

GARGULLO. Tome, señor.

LOGROÑO. ¿Prometéis a ley de hombre de bien de ser su amigo?

GARGULLO. Prometo.

PEÑALBA. Yo también.

LOGROÑO. Pues, ¡sus!, vamos. Y aquí en la taberna de Gamboa nos podemos colar sendas vezes de vino.

GARGULLO. De mi parte, he aquí un real. Y hagan lo que les pareciere, porque yo no puedo ir, que aguardo un cierto negocio.

LOGROÑO. Si esso es, beso las manos a vuessa merced.

GARGULLO. Vayan vuessas mercedes con Dios.

—¿Han ya traspuesto el cantón? Creo que sí. Aun el diablo me hubiera traído por aquí, si no se hallara presente Logroño, aquel amigo, que es tan gran ladrón como el otro.

ESTELA. Pues, ¿cómo ha ido, Gargullo, con la pendencia?

GARGULLO. Qué, ¿no ha estado ahí a la ventana?

ESTELA. No por cierto, que luego me entré.

GARGULLO. Muy bien ha ido, señora Estela, como suele. Si estuvieras a la ventana, vieras correr más sangre por esa calle que el rastro que se hace entre la Puerta del Campo y Teresa Gil.

ESTELA. Pues, ¿tanta sangre de un hombre solo?

GARGULLO. Más de treinta se van de aquí, todos amigos y valedores suyos.

ESTELA. ¿En fin...?

GARGULLO. En fin, que me perdonó un bofetón que nueve testigos contestes dicen que le di y, sobre todo, echóse a mis pies y demandóme perdón, y por ruegos de algunos amigos que allí se hallaron, acabaron conmigo que le hiziese merced de la vida por cinco años.

ESTELA. Bien negociado está eso. Y entretanto passásete ha el enojo. Huélgome que sales siempre con tu honra.

GARGULLO. ¡Qué poca honra se puede ganar con semejantes, señora Estela! Pero ven acá. Tenemos de hazer esta albarda o esta xáquima de mi amo Acario. ¿Qué esperas? ¿A cuándo aguardas?

ESTELA. Como tú quisieres. Haz a tu modo.

GARGULLO. Yo le tengo dicho que, para hablarte más a su salvo, que se mude en hábitos de leñador o de ganapán y así te podrá hablar mejor.

ESTELA. Di, que bien te entiendo.

GARGULLO. Y tóngome hecho de concierto con un leñador que trueque con mi amo las ropas viles, para que después partamos por iguales partes.

ESTELA. Bien está. ¿Y cuándo verná, si sabes?

GARGULLO. Yo trabajaré que sea hoy. Otra cosa has de hazer por amor de mí: que cuando estuviere hablando contigo, hagas a tu padrastro Lupo que con unas cinchas de caballo lo cargue de arriba a baxo de correonazos muy bien.

ESTELA. Que me plazze. Yo lo haré. Queda con Dios.
GARGULLO. Y él te guarde, señora Estela.

GITANA. Ves aquí, hijo Armelio, el pueblo tan desscaldado por nosotros. Aquí bien podemos reposar algunos días. Y entretanto que Dios otra cosa ordena, es de menester de buscar la vida entre las nobles personas y que tú, hijo mío, te mantengas en este hábito discretamente hasta que los nuestros negocios vengan a un fin próspero y agradable.

MEDORO. Madre, así se haga como lo mandáis. Y entretanto que buscas la vida, si me concedes licencia, quiero ir a dar vuelta por este pueblo, donde me habéis dicho que soy, que grande alegría siento en sólo vello.

GITANA. Hijo, ve en buen hora. Y si te perdieres, pregunta por el portal de Ruçafa * y así no podrás errar. Y mira por ti. Dios te guíe y te guarde.

SCENA SEGUNDA

INTERLOCUTORES

ORTEGA, *simple de Acario*.—PERICO, *paje*.—ACARIO, *ciudadano*.—GARGULLO, *lacayo*.—LUPO, *padrastro de Estela*.—ESTELA, *donzella*.

ORTEGA. ¡Oh, mal haya la madre de la Fortuna, si es viva, y, si es muerta, mal siglo le dé Dios, porque no me hizo a mí duque o conde o sastre o caçador de erizos o melcochero, para estarme en casa de hoz y de coz! Porque aunque dize acullá el cura de nuestro pueblo *beato mortaris qu'in Dólime morieta*, no m'encaxa, porque, en fin, después de muerto, ni viña ni huerto. Allá se lo haya Marta con sus pollos *, que yo más querría buena olla que mal testimonio.

PERICO. Hola, Ortega. ¿Con quién lo has? ¿Parece que vas riñendo?

ORTEGA. ¡Oh, hermano Pedro! ¿Tú eres? Conmigo lo había.

PERICO. ¿Contigo? Pues, ¿qué hay de nuevo?

ORTEGA. Dexa de comer y contártelo he.

PERICO. ¿Qué haze al caso que coma? Sé que no tengo de comer con los oídos.

ORTEGA. Mucho haze al caso tener quedas las quixadas para oír a prazer.

PERICO. Ora vesme aquí que no como.

ORTEGA. ¿Es todo aquesse pan tuyo?

PERICO. Sí. ¿Por qué lo preguntas?

ORTEGA. ¿Tuyo, tuyo, tuyo?

PERICO. Mío, mío, mío.

ORTEGA. Cata, que se te cae.

PERICO. No caerá.

ORTEGA. Eesso merezco yo en avisarte lo que te cumple.

PERICO. Agora cuéntame lo que me querías contar.

ORTEGA. Pues dame un poco d'esse pan.

PERICO. D'essa manera no quiero que me cuentes nada.

ORTEGA. ¿Y si es cosa que te conviene?

PERICO. ¿Que me conviene? ¿Y qué puede ser?

ORTEGA. Mira que se te desmigaja todo.

PERICO. No se te dé nada.

ORTEGA. ¿Quiés que te diga la verdad? Yo iba derreniegado con mi amo y dado a la gracia de Dios con él.

PERICO. ¿Y por qué?

ORTEGA. Porque tiene tan poca gente en su casa.

PERICO. ¿Y por esso ibas derreniegado? Antes te cabrá más parte a las horas de comer.

ORTEGA. Pues por esso iba derreniegado, que tengo en casa una olla de arrope y un plato de sopas en capiro-tada, y tengo de acaballo todo por fuerça y voy a buscar quien me ayude.

PERICO. Pues, ¿ahí no está la hija de tu señor y Paullilla y Gargullo que te ayudarán?

ORTEGA. No comen todos esses grassura, que de otra manera, ¿qué me faltaba a mí?

PERICO. Pues, ¿quies que te vaya yo ayudar?

ORTEGA. No, mía fe, qu'eres chico.

PERICO. Llévame tú, que yo te sacaré de cuidado.

ORTEGA. Pues dad acá esse pan, porque tengamos más que sopear en el arrope.

PERICO. Yo lo guardaré.

ORTEGA. No, no, antes yo lo guardaré mejor, que soy más grande. Y espérame aquí. Entraré a poner la mesa y sentarémonos, tú a una banda, yo a la otra. Cerraremos todas las puertas, echaremos los gatos y perros fuera y verás cuál anda la obra.

PERICO. Pues mira, hermano, no te tardes.

ORTEGA. No me tardaré.

PERICO. Júralo.

ORTEGA. Que no me cumple jurar. ¿Había yo de infernar mi álima por tantico pan?

ACARIO. ¡Oh, mal fuego abrasse...! Dios me perdone. Un moço tan descuidado como es aqueste Gargullo hame hecho vestir con aquel leñador y m'astusar la barba para parecer otro de lo que soy, y también por ir como debo para hablar con aquella caríssima de más que querubín de yesso y más blanca que la misma leche que de las vericundas lechugas sale cuando acaso con los iracundes dientes del simplecíssimo burro son cortadas. ¡Oh, cuerpo del cielo, qué pedaço de retórica he dicho sin tenella pensada ni estudiada! ¡Oh, qué haze el amor! ¡Oh, qué vivos haze a los agudos, y tibios los lerdos y floxos, y qué avisados a los sabios! Pardiez, si agora fueran vivos Aristómilis o Plutón, no me dexe Dios medrar con los amores de mi señora Estela, si no me entrara en un círcol con ellos a disputar. ¡Oh, qué lenguarazo está! Y ansi ha de ser ello, porque, cuando estuviere delante mi señora Estela, sepa hablar desenvueltamente y no como otros alforjas que se atan como correa de çapa-

to. Pero, ¡qué digo!, gran tardança es la que ha hecho este mi moço.

PERICO. ¡Hola, Ortega! ¿A quién digo? ¿No sales acá?

ACARIO. ¿Quién va ahí?

PERICO. ¿Qué queréis vos saber?

ACARIO. ¿Con quién lo has, rapaz?

PERICO. Como quiera estará bien, Ortega, que ya es tarde.

ACARIO. ¿Qué ha de estar bien?

PERICO. ¿Qué? No, nada, sino la mesa.

ACARIO. ¿La mesa? ¿Y para qué?

PERICO. Hame convidado Ortega a comer.

ORTEGA. ¿Oyes, Pedro?

PERICO. ¿Qué quieres, hermano Ortega?

ORTEGA. Vente passado mañana, que no está aquí Gargullo, que se ha llevado la llave de aquello.

PERICO. Pues arrójame por ahí mi pan.

ORTEGA. Vuélvete cuando te digo y llevallo has todo junto.

PERICO. Arrójame mi pan, válgale el diablo al ganso.

ORTEGA. ¡Válale el quistotro! Mira, si algo te debo, póneme a preito. ¡Cómo [a] aquessos * panes tengo hechos perder el cacarear!

PERICO. Pues, ¡para ésta, don asno!

ORTEGA. Pues, ¡para ésta, don sardesco!

ACARIO. Ven aca, niño. ¿Qué te tomó aquel moço?

PERICO. Un pedaço de pan.

ACARIO. Pues anda, vete. Yo te prometo que él me lo pague.

PERICO. Assí tal debéis de ser como él.

ACARIO. ¡Hideputa, rapaz, bellaco! ¡Espera!

PERICO. Sí, ¡esperafdo al ganapanazo! ¡A huir, pies de trueno!

ACARIO. Agora gran tardança es la que ha hecho este diablo de Gargullo.

GARGULLO. Señor, ¿eres tú?

ACARIO. ¿Conoscísteme?

GARGULLO. Sí, que estaba ya advertido. Mas otro que

no fuera yo, no bastara a conocerte, aunque fuera tu propia muger.

ACARIO. Pues, ¿qué te parece? ¿Vengo bueno?

GARGULLO. Excelentissimo vienes, señor.

ACARIO. Pero ven acá, Gargullo. ¿Conoces por ventura por ahí algún piota?

GARGULLO. ¡Piloto! ¿Agora quieres navegar, que eres enamorado! ¡Buen recado te tienes!

ACARIO. Que no te pregunto aquesso, badajo, sino un clopeador d'estos que hazen versicos y clopas y esto.

GARGULLO. Ya, ya te entiendo.

ACARIO. Pues toma, cata aquí un escudo. Házmelo hazer todo de clopas para mi señora Estela, y digan d'esta manera: «Estela de plata, Estela de oro, Estela de argento, Estela de azabache», y otras veinte Estelas de por ahí que mejor te parezcan.

GARGULLO. ¿Qué's esso que reluze?

ACARIO. La cadena de oro es. ¿No la ves?

GARGULLO. ¿La cadena? ¡Oh, mal haya yo y todo mi linage! Yo me voy, señor, que no quiero más entender en tus amores.

ACARIO. ¿Por qué, hijo Gargullo?

GARGULLO. ¿No ves, señor, que, si la señora Estela te vee essa cadena, te la demandará y quedarte has sin ella?

ACARIO. Bien dizes, Gargullo. Toma, guárdamela tú.

GARGULLO. Daca, señor. ¡Guárdeme Dios y qué descuidado eres!

ACARIO. Bien dizes. Pero, Gargullo, la puerta veo cerrada. Llama.

GARGULLO. ¡Ah de casa!

ESTELA. ¿Quién está ahí? ¿Es Gargullo?

GARGULLO. Señora Estela, aquí está quien dessea hazelle todo servicio.

ESTELA. ¿Está ahí mi señor Acario?

GARGULLO. Aquí está por cierto un pedaço, y no de asno, sino del más gentil enamorado que se podría hallar en los circunloquios y paripáticas vegas del amor.

ACARIO. ¡Ce, ce! Gargullo, ¿qué es lo que ha dicho?

GARGULLO. ¿Qué, no lo has oído, señor? Te ha llamado. Ten ánimo. Háblale.

ACARIO. Señora Estela: la demasiada basca que siento en aqueste estómago por la congoxa y merescimiento que me procede de aquessos tan estilados cabellos, dan grande acusación a las muy mirabélicas orejas que con las aromáticas arracadas culgan por aquessos muy melifluos carrillos a que me ahogue como un camafeo en el hondo y más que acecalado mar.

GARGULLO. Passo, passo, señor. ¿Y adónde ibas a parar?

ACARIO. ¡Oh, mal haya yo y todo mi linage! Por cierto, si no me atajaras, no parara hasta las emblemas de Aristóteles.

ESTELA. ¿Quiere entrar, señor?

ACARIO. Sí, luz de mi amargo xarope.

LUPO. ¡Tomá, tomá, don asno, porque entréis en las casas ajenas!

ACARIO. ¡Ay, ay, mi cabeça! ¡Ay, mis espaldas! ¡Gargullo, que me matan!

GARGULLO. ¡Ay, cuitado de mí, que yo comienço a perder la vista de los ojos!

ACARIO. ¿Dónde estás, Gargullo?

GARGULLO. Aquí estoy, señor.

ACARIO. ¿Con qué te han dado, Gargullo, con qué te han dado?

GARGULLO. Con unas cinchas de caballo, ¡maloras!

ACARIO. A mí también, hijo, con eso mismo.

GARGULLO. Yo lo creo, señor. Tráigame un confessor de presto.

ACARIO. Calla, hijo, que no morirás, ni Dios tal permita. Daca la cadena, hijo Gargullo.

GARGULLO. Todo me han robado, señor, que no me han dexado cadena ni cosa que lo valga.

ACARIO. ¿Que la cadena te han robado? ¡Oh, amargo de mí! Pues, ¿qué haré?

GARGULLO. ¡Oh, desafortunado de ti, Gargullo! ¿Qué

haré yo, señor de mi vida? ¡Desgraciado de mí! Traéme un cura luego luego.

ACARIO. Calla, hijo, que no morirás. Y da al diablo la hazienda y ten entendido que yo me vengue d'ésta muy bien vengado.

GARGULLO. ¡Ay, señor! Que por vos soy muerto, por andar en vuestros malditos amores.

ACARIO. Sossiégate, hermano, que yo te prometo que, si d'ésta escapas, tú verás si has rescebido esta molestia por hombre ingrato y desconocido. Alça, alça tu capa.

GARGULLO. ¿Mi capa, señor? Antes os ruego que, siendo yo muerto, enviéis algún bien por mi alma al señor Santiago de Galizia.

ACARIO. Anda acá, hijo Gargullo.

GARGULLO. No me puedo tener, señor.

ACARIO. Pues si no te puedes tener, yo te llevaré a cuestras sobre mis hombros.

GARGULLO. Sea ansí. Tomáme a cuestras, señor, bonito, por amor de Dios.

ACARIO. Anda acá, hijo, anda, que bien vas a tu plazer.

GARGULLO. No camine mucho. Vamos.

ACARIO. ¿Vas bien assí?

GARGULLO. Sí, señor. ¡Arre, arre!

SCENA TERCERA

INTERLOCUTORES

ARMELIO, que es MEDORO.—CASANDRO, gentilhombre.—FALISCO, criado.—AGUEDA, anciana.—UNA GITANA.

MEDORO. Verdaderamente, grande es el amor de la patria. Y assí tengo por averiguado que la tierra donde nascemos tenga algún tanto de sanguinidad con el cuerpo humano. Y que ello sea assí verdad. Entrando que entré en este pueblo, habiendo entendido que en él nascí, me recresció en el ánimo una conocida

operación de un cierto amor y reverencia, con afición mezclado, por donde agora siento ser aqueste lugar por tantos tiempos de mí desseado. Holgado me he, por cierto, y más holgaría si supiese quién son mis padres. Retirarme quiero, como la gitana me dixo, al Portal de Ruçafa. Mas hazia acá viene gente. Desviarme conviene un poco en tanto que passa.

FALISCO. Señor, la vista o la imaginación me engaña, o es aquélla vuestra muy querida Angélica.

CASANDRO. Gran cosa sería si la imaginación no te engañasse. Antes yo te lo quería dezir. Pero estoy assombrado y maravillado que una tan honesta y recogida donzella vaya así sola fuera de su casa.

FALISCO. Ella es. ¿No vee que de nosotros se esconde?

CASANDRO. ¿Qué haré, Falisco? ¿Has visto cómo me soy demudado?

FALISCO. Señor, no os turbéis. ¿Qué hiziérades si encontrádes con algún enemigo vuestro armado en mitad d'esta calle, cuando, saliéndoos a la vista una cosa que tanto desseáis, os habéis así alterado y cambiado de la color? ¿De qué teméis?

CASANDRO. ¡Oh, Falisco! Operaciones son que haze el amor.

FALISCO. Yo no sé a qué propósito se te desvía, queriéndote tanto.

CASANDRO. Aquésta es, Falisco, la que me pone en partido la vida. Y por un cabo me combate el desseo de salirle al encuentro, y por otro me refrena el temor, viéndola así exquirarse de nosotros.

FALISCO. Señor, aquí conviene tomar buen acuerdo.

CASANDRO. No sé qué partido tome, si tú no me aconsejas.

FALISCO. Señor, si vos sois contento con mi consejo, yo no podré faltáros.

CASANDRO. Falisco, amigo, dime lo que debo de hazer.

FALISCO. ¿Qué? Desposponer todo temor, porque las mugeres siempre dessean ser rogadas. Presentarte ante ella con aquel modo mejor que amor os sabrá mostrar. Y demandalle cortésmente la ocasión de tal mo-

vimiento. El resto yo no soy suficiente a enseñáros, pues vos tenéis capacidad para todo ello.

CASANDRO. ¿Aconséjame aquesso?

FALISCO. Señor, sí. ¿De qué tenéis miedo?

CASANDRO. Yo voy.

—Gentil donzella, merced con la cual yo vivo, y si es licito a un humilíssimo criado vuestro saber la ocasión de haberos salido así sola fuera de vuestra casa, ruégoo por aquel dios que me atravesó el pecho el mismo día que os di y entregué mi voluntad, que de mí no lo escondáis, pues sois cierta que antes moriré por respeto vuestro, habiendo ocasión, que vivir por otro.

MEDORO. Gentilhombre, vos mostráis en el hábito y manera ser cortés y bien acostumbrado, mas vuestras palabras son al contrario. No es usança de personas nobles dar fastidio a ninguno, especialmente a mugeres. Y así os ruego, si en vos hay centella de cortesía, os queráis ir vuestro viage.

CASANDRO. Y, ¿cómo, señora, será aquesta respuesta el premio de tanto amor que siempre os he tenido y vos me habéis manifestado?

MEDORO. Señor, no seáis tan descortés, por amor de Dios. Id en buenhora, pues os lo ruego.

GITANA. Buenos días, buenos días. Ven acá, rapaza. ¿Qué hazes aquí tú con esse señor?

MEDORO. Yo no hago ninguna cosa, sino que él es pesado y fastidioso.

CASANDRO. Ay de mí, señora! ¿Fastidios[o] *?

GITANA. Anda, vete con Dios, gentilhombre. Anda, vete con Dios. ¿No sabes que no es usança hazer mal ni enojar a mugeres, especialmente siendo forastera?

CASANDRO. ¿Forastera? Bien lo creo que vos lo seáis, mas esta señora no la conozco yo por forastera.

GITANA. Tú estás engañado, señor mío.

—Armelia, chuchuli, mechulachen, escucha una palabra.

CASANDRO. ¿Qué's esto, Falisco?

FALISCO. Yo estoy fuera de mí.

ÁGUEDA. Dios os contente, señor Casandro. Dios os contente.

CASANDRO. ¡Oh, señora Águeda! ¡A qué buen tiempo sois venida!

ÁGUEDA. Y, ¡cómo! ¿Qué hay de nuevo?

CASANDRO. Veis aquí a Angélica, mi señora.

ÁGUEDA. ¡Señora Angélica!

—¡Ay de mí, no me habla! ¿Y quién es ésta que está con ella?

CASANDRO. No sé. En mi vida la vi. Mas que a mi señora le he suplicado me hable y no muestre en sí semblante de conocerme, antes me arroja de sí, llamándome pesado y fastidioso. Señora Águeda, de gracia recibiré merced muy señalada que os lleguéis allá y le preguntéis la ocasión de semejante movimiento, que yo me apartaré aquí en tanto.

ÁGUEDA. Así lo pienso de hazer.

—Dios os contente, hija hermosa. Dezidme, mis ojos. ¿Queréis que os diga una palabra aquí aparte?

GITANA. ¿Tú qué quieres hablar aparte a los hijos ajenos? ¿Tú piensas de los engañar? Anda, vete con Dios, buena muger. Anda, vete con Dios.

ÁGUEDA. Yo no hablo contigo, hermana mía.

MEDORO. Andá en buena hora. Andá en hora buena, muger honrada, que yo no soy por ventura quien vos pensáis.

ÁGUEDA. Y, ¿cómo? ¿Tan presto os habéis desacordado de la vuestra Águeda y del amor del vuestro Casandro? Yo no sé en qué modo os sufre el corazón desecharlo y consumirlo así.

MEDORO. Déxate d'esso, hermana mía, déxate d'esso, que yo no te entiendo.

GITANA. Anda, vete con Dios. No tientes de paciencia a quien está desesperada y sola en tierra ajena.

ÁGUEDA. ¿Desesperada? Desesperaos cuanto quiséredes. Desviaos allá. ¿Y quién os llama aquí, amiga? ¡Catá que es donaire!

GITANA. Anda, vete con la ira mala y dexa estar los hijos de los pobres. Y, ¿qué piensa hazer esta bruxa?

ÁGUEDA. Tú eres la bruxa. Y a esta moça yo la conozco muy bien y ha de ir conmigo a pesar vuestro, don diablo meridiano.

GITANA. Por la fe que mantengo, si a mi os llegáis, que yo os rasgue essa cara. Llégate acá, hija mía.

ÁGUEDA. ¡Por vida de mi ánima que ha de ir conmigo!

MEDORO. ¿Qué's aquesto, muger de bien, que os ha movido a reñir sin razón?

GITANA. ¿Habéis visto qué mala hembra?

ÁGUEDA. ¿Habéis visto qué ladrona?

FALISCO. Señor Casandro, desparta vuessa merced esta brega.

CASANDRO. Yo temo de enojar a mi señora Angélica. Despartelas tú, Falisco.

FALISCO. Tirate afuera, ribalda, que te haré encorçar. Y, ¿adónde llevas tú esta señora? Y más me espanto yo de vuestro seso, señora Águeda. ¡Llegar a las manos con semejante persona por cosa que se puede remediar con palabras!

MEDORO. ¡Ay, hermano mío, de gracia, despartíldas!

FALISCO. Señor Casandro, ponéldas en paz.

[CASANDRO]*. ¿Hazérscoos ha a vos servicio, señora?

MEDORO. Antes merced grandíssima.

CASANDRO. Pues, ¿cuál cosa no haré yo, señora, por complazeros? Águeda, por amor de mí, que, depositada la cól[e]ra*, os entréis todas conmigo en mi posada y allí veremos de dó depende esta maraña, que yo quiero pagar la colación.

ÁGUEDA. Por mí, señor, aquí estoy.

CASANDRO. Y vos, hermana, ¿holgaréis d'ello?

GITANA. ¿Yo, señor? Vamos mucho norabuena.

CASANDRO. ¿Y vos, señora?

MEDORO. Yo, señor, como mi madre quisiere.

FALISCO. Pues yo voy adereçar la colación.

CASANDRO. ¡Sus! Ve corriendo y adereçalo todo, que ya vamos.

SCENA CUARTA

INTERLOCUTORES

ACARIO, *ciudadano*.—ÁGUEDA, *anciana*.—CASANDRO, *gentilhombre*.—GARGULLO, *lacayo*.—LUPO, *padrastra de Estela*.

ACARIO. Oya bien está. En fin, fin, aquel es perfectísimo enamorado que rescibe martirio por sus amores, según dizen los astrólogos en las corónicas de los médicos. Yo me he cogido para mí cualquier dozena y media de correonazos, y de buena mano. Y mi caro Gargullo otros tantos, de los cuales me pensé que muriera el pobre moço. Y agora hanme aconsejado que me arme de punta en blanco y me ponga a la puerta d'este bellaco de Lupo, padrastra de mi señora Estela, y, en saliendo, vengarme muy bien vengado. ¡Sus! Yo me voy a poner a punto.

ÁGUEDA. Estad de buen ánimo, señor Casandro, que yo espero en Dios que haremos más de lo que pensamos. ¿Hase visto en el mundo cosa más parecida que este hijo de la gitana a vuestra Angélica?

CASANDRO. Ciertamente es cosa maravillosa. Y digo que si aquel Apeles *, único en el arte de la pintura, fuera vivo, no bastara a dibuxar en tabla o en lienço una cosa que tanto se le pareciesse.

ÁGUEDA. Agora, señor, escuche un concierto que tengo concertado muy bueno.

CASANDRO. ¿Y es el concierto, señora Águeda?

ÁGUEDA. Que si a vuesa merced le paresee, Gargullo saque a su amo de casa por tres o cuatro horas. Y haré que Barbarina cumpla un cierto romiage que tiene de hazer, y, entretanto, sacar de casa a Angélica y, por si acaso el padre viniere, poner en su lugar a este hijo de la gitana que tanto le semeja, por causa de veinte y cinco ducados que le he prometido.

CASANDRO. Bien está esso.

ÁGUEDA. Sola una cosa resta que será bien fácil y lícita de hazer, y sé que no me diréis de no.

CASANDRO. Digo, señora, que haré cuanto quisieredes. ¿Qué es la cosa?

ÁGUEDA. Que en passando estas cosas y cambios, os desposéis con la señora Angélica luego.

CASANDRO. Digo, señora, que antes esso os quería dezir, porque es tan grande el amor que le tengo, que cualquiera cosa me sería a mí gran fatiga si tocasse en el perjuizio de su honra. Assí que de aquesso podéis estar muy segura.

ÁGUEDA. Pues yo voy a negociar lo que cumple.

CASANDRO. Id norabuena.

GITANA. Bien negociado habemos, que veinte y cinco ducados me han prometido porque preste a Medoro por tres o cuatro horas. Lo que me resta de hazer es descubrir a sus padres quién sea aqueste moço, que no serán tan malos que no me perdonen el hurto y me paguen la criança d'él. Y en el entretanto es menester buscar para el mantenimiento. Pero, ¿qué digo? Un hombre me parece que está escuchando. Aguardad, que yo le haré la moixqueta con esta bolsa.

GARGULLO. ¡Valga el diablo a tan estraño hábito! ¿Es hombre o muger? Un intérprete es menester para entendello.

GITANA. Cuando hurté esta bolsa con todos estos ducados, no me vio nadie. Fortuna me ha favorecido esta vuelta.

GARGULLO. Hurto es éste, por los sanctos de Dios.

GITANA. Los diamantes y rubíes, sin cuatro mil coronas que vienen dentro, valen un tesoro.

GARGULLO. ¿Qué es aquesto? Pues bien lo oigo, que no estoy sordo.

GITANA. El mercader cuya es, me ha de buscar por toda la ciudad, porque al tiempo que la hurté, no había persona en toda la tienda.

GARGULLO. Estáte quedo Gargullo, que la pressa es tuya. Tente, tente.

GITANA. Bien será escondella aquí que no passa persona nascida, hasta que passe el peligro de la justicia. Y, en siendo passado, sacalla he y daré con ella en essa Andalucía.

GARGULLO. ¿Iré? ¿No iré? ¿Voy o no voy? Tente, Gargullo.

GITANA. ¡Ay! Un hombre veo acullá. Parece que me ha visto. Mal partido será dexalla al peligro. Quiero tornar y sacar mi bolsa.

GARGULLO. Estáte queda, ladrona. ¿Qué hazías aquí?

GITANA. Está quedo. Burla si achi, burla si achi. ¿Qué me quieres tú a mí? ¿Qué me quieres?

GARGULLO. ¡Ah! Burla si achi, burla si achi. ¿Tú no lo sabes? Daca la bolsa del mercader, ladrona. ¿Dónde la escondiste?

GITANA. ¿Yo? ¿Qué bolsa? ¿Qué mercadante? ¿Búrlaste conmigo?

GARGULLO. ¡Ah! ¿Búrlaste conmigo? No tienes vergüença. Anda acá delante del corregidor y allá darás la cuenta.

GITANA. Está quedo, no me impidas mi camino ni me estorbes mi trabajo, hombre honrado, hombre honrado.

GARGULLO. ¡Ah, hombre honrado, hombre honrado! Anda acá, hermana, no des voces, que yo soy moço del mercader cuya es la bolsa y vengo en tu seguimiento.

GITANA. ¡Ay, hermano! Por amor de Dios, ya que sabes el negocio, no lo descubras, sino dexa estar la bolsa donde tú viste que la puse y después partiremos la mitad para ti y la mitad para mí.

GARGULLO. Que me plaze, hermana. Yo callaré. Par-támosla y soy contento.

GITANA. Pues, hermano, hazme un plazer, que en tanto que passa el peligro de la Justicia, que me prestes algunos dineros.

GARGULLO. Toma, cata ahí un escudo que agora lo acabé de coger a mi amo.

GITANA. Poquito hay aquí y tengo mucha gente.

GARGULLO. Hasme hecho tanta lástima, que te daré las entrañas. ¿Ves aquí esta cadena? Véndela y avíate con la bendición de Dios.

GITANA. ¡Ah! Dios te dé salud, hermano. Mira, amigo, yo querria que por amor de Dios no toques la bolsa hasta que yo vuelva.

GARGULLO. Guárdeme Dios. No, no, no la tocaré. Yo te lo prometo por esta ánima pecadora. Con lo qu'es mío me ayude Dios, que lo ageno no lo quiero.

GITANA. Ven acá, hermano. ¿Dónde es tu possada?

GARGULLO. ¿Sabes la plaça Pelliceros?

GITANA. Sí, muy bien.

GARGULLO. Aguarda, que no es ahí mi possada.

GITANA. Pues, ¿dónde?

GARGULLO. ¿Sabes la placeta de las Moxcas?

GITANA. Essa nó.

GARGULLO. No, no la sabrás. ¿Sabes la calle de los Asnos?

GITANA. Sí sé.

GARGULLO. Pues tampoco vivo ahí, sino vete al portal del Coxo y pregunta por un çapatero nuevo que se dize mase Córdoba *. Y en un poyo que está junto a su casa siéntate allí hasta que yo vaya.

GITANA. Pues, hermano, por amor de Dios, porque vaya sin peligro de la Justicia, que me prestes la capa hasta que yo vuelva, porque no sea conocida.

GARGULLO. Toma, hermana, y avíate.

GITANA. Mira que te torno a avisar que no toques en la bolsa hasta que vuelva.

GARGULLO. Guárdemos Dios del diablo. Sé que cumplir había mi palabra, siendo hijo del más honrado potecario que hay en Castilleja de la Cuesta.

GITANA. ¡Sus! Queda a Dios.

GARGULLO. Y Él te guie.

—Allá va, como dizen, los pies en las espaldas con el recelo de micer horca. De tal suerte va que, si se

esconde, no basta [a]° descubrilla toda el arte mágica. Ora, ¡sus!, yo me quiero detener un poco antes de sacar el venturoso tesoro, porque, si la muger volviere, me halle verdadero y observador de mi palabra. Ea, vezinos, vezinos, los que andáis haziendo cercos y conjuros por hallar los escondidos tesoros, acudí al venturosísimo Gargullo, el cual, hoy, sin cerco ni conjuro y sin hábito de nigromante, descubrirá un tal tesoro con que remanezca rico para todos los días de su vida. Agora, entretanto, quiero penssar qué tengo de hazer de tanto dinero. Lo primero que haré será hazer unas casas en lo mejor d'esta ciudad. Hazellas he pintar por de fuera y por de dentro al brutesco y al romano. Haré que me pongan a punto un lindo coche en que me pasee, y los caballos que me tirarán, blancos. Dexáme hazer a mí. Haré vestir mis criados de mi librea, que será roxo y blanco, significando rubies y diamantes. Haré matar todos mis parientes, que ofresco al diáblo hombre que quedé a vida, porque, viéndome tan rico, no me cobdicien la muerte y también porque no sepan mi linage. El vivir mío no quiero que sea mercadante, porque es vida desassossegada. Cuando fuere por la calle, llevaré un passo grave y muy gallardo. Harto bienaventurado será aquel que, quitándome el bonete, yo le volviere el recambio. Porque, como dicen, en este mundo tené dineros, que esse es el valer. Ora no puedo más detenerme aquí en palabras, sino sacar el venturoso tesoro. ¡Heho, helo! Ea, dioses celestes, encended grandes luminarias, abrid essas finiestras del cielo para que yo vea a conchar lo que está en esta dichosísima bolsa, y más dichoso yo por habérmela hallado. Ea, Gargullo. ¡Hela, hela donde assoma! ¡Ay, bendito sea Dios Todopoderoso! ¡Ay, escorias son y carbones son, por los santos de Dios! ¡Carbones y escorias me cuestan un escudo y una cadena y capa y gorra! ¡Gentil merchante soy por cierto! ¡Oh, saquillo de carbones! ¡Oh, pobre de ti, Gargullo, cómo te has dexado engañar de una gitana! ¿No sabía yo que era aquella una ladrona?

Verdaderamente yo he merescido hoy la principal cadena de los locos. Ora, ¡sus!, yo quiero tornar a los amores de mi amo Acario, que yo espero antes de mucho tornar la piel como la culebra. Pero, ¿qué digo?, helo aquí do viene.

ACARIO. ¡Gargullo!

GARGULLO. Señor, ¿eres tú?

ACARIO. Sí. ¿No me conoces?

GARGULLO. Pues, señor, ponte en ristre y justa de buen mantenedor.

ACARIO. ¿Y tu capa, Gargullo?

GARGULLO. Que no tengo capa, señor; que vengo a la ligera.

ACARIO. Luego, ¿yo a la estradiota verné?

GARGULLO. Sí, señor. A la estradiota vienes.

ACARIO. Pues, Gargullo, no querría que te tardasses y me matasse a mí primero.

GARGULLO. Que no tengáis miedo, señor. Id con ánimo de vengaros, que fortuna os ayudará.

ACARIO. ¿Y si el otro la tiene ya convidada?

GARGULLO. ¿A quién?

ACARIO. A esse diablo de fortuna o porcuna o como le dizes.

GARGULLO. Anda, señor, junta con essa puerta. Yo estaré aquí detrás y, en saliendo, cortall'he aquellas piernas. ¿No os bastará a vos el ánimo de vengaros después de muerto?

ACARIO. Mira, mira, Gargullo, mátemelo tú una vuelta y después hazte a una banda, que yo me vengaré bien vengado.

GARGULLO. Acaba, señor. Enristra presto.

ACARIO. Guarte, Gargullo, no te lo hinque.

GARGULLO. Guárdeme Dios.

LUPO. ¡Válgate el diablo quienquiera que fueres! ¿Quién es? ¿Quién sois.

ACARIO. Yo soy el ánima de Ferragute*. *Noli me tangere* *. No me toques.

LUPO. Pues, ¿a qué venis, hermano?

ACARIO. A llevar los hombres de ruin vivir a la otra vida.

LUPO. ¿Los hombres de ruin vivir? Pues esperá. ¡Hola, moços! Traéme aquí un saco y meteldo dentro y llevámelo al cimiterio. Y dexádmelo allí en una fuessa de aquellos muertos.

ACARIO. ¡Ay, ay! ¿Y adónde me lleváis?

LUPO. Gritad cuanto el diablo os ayudare, que allá habéis de ir.

SCENA QUINTA

INTERLOCUTORES

BARBARINA, *muger de Acario.*—ORTEGA, *simple de Acario.*—ANGÉLICA, *dama.*—AGUEDA, *anciana, muger de Lupo.*—GARGU-
LLO, *lacayo.*—ACARIO, *ciudadano.*—PAULILLA, *moça.*—LUPO, *pa-
drastro de Estela.*

BARBARINA. Agora entiendo y conozco que no hay ninguna cosa que amor no haga y pueda. Agueda me ha dicho que traiga agua de siete fuentes y tierra de siete finados, para lo cual ha mandado que vaya vestida en este hábito. Yo lo quiero poner luego por la obra.

ORTEGA. ¡Pues válgale el diablo! Agora se le ha antojado a la señora Angélica dolerle las quixadas. ¿Qué motecario ha de querer abrir a la media noche? ¿Qué's aquesso que tengo de traer, Paulilla?

PAULILLA. Salsufragia y bolarménico.

ORTEGA. Ya entiendo, ya. Salchopaja y monartético. ¡Ofrezco yo al diablo vocabro de tantas silbas, si no creo que tiene más acetros y saldragas qu'el arte de canto llano o agudo o como se llama!

BARBARINA. Mala debe de estar mi hija. Mas, ¿qué se puede hazer?

ANGÉLICA. Paula, dale priessa a que se vaya, porque tengamos lugar de efetuar nuestra salida.

PAULILLA. ¿No vas, Ortega?

ORTEGA. Y si no hallare aquesso, ¿qué traeré?

PAULILLA. Con tal que vengas presto, trae lo que a la boca primero te viniere.

ORTEGA. Billotas, billotas, hermana Paula. Por tu vida que en tanto que yo voy, rezes alguna oración por encuentro de las pantasma, que yo mala espina tengo, que dizen que a estas horas se suelen passear por las calles ánimas pecadoras. Mas, ¡ay, ay!

BARBARINA. ¿Dónde vas, Ortega? ¿No me hablas? ¡Qué helado quedas! ¿Dónde vas, di?

ORTEGA. Ya saben mi nombre las pantasma. Poca es mi vida.

BARBARINA. Dime. ¿Dónde vas?

ORTEGA. Señora, aquí voy por un dinero de potecario o sanchopaja, a servicio de su reverencia. Dígame vuestra paternidad: ¿cuánto ha que salió del otro mundo?

BARBARINA. Agora en este punto.

ORTEGA. Mucho habéis caminado. ¿Y a qué venís?

BARBARINA. A llevar todos los moços lerdos y perezosos a la otra vida.

ORTEGA. Luego yo no soy de menester allá.

BARBARINA. ¿No? El primero habéis de ir.

ORTEGA. ¿Y no es más lerdá Paulilla la de mi casa?

BARBARINA. ¿Y adónde está essa?

ORTEGA. Espere vuessa merced, que yo la iré a llamar.

BARBARINA. Volved acá. ¿Pensáisos de escapar por ahí?

ORTEGA. Señora pantasma, soprico a su inlustríssima señoría que me haga tan señaladíssimas mercedes de dexarme llegar a casa por una camissa limpia, que ésta está muy suzia y ternán qué dezir de mí ciertos parientes que tengo en l'otro siglo.

BARBARINA. Pues andad y venid presto. Hola, Ortega, catad que os aguardo aquí y no me iré hasta que vengáis.

ORTEGA. ¿Quién ha de volver, señora fantasma?

BARBARINA. Vos.

ORTEGA. ¿Yo? ¡En la color del paño estamos... *!
¡Juro al cielo de Dios, de casa no me saquen con tenazas, cuanto más con palabras!

BARBARINA. ¡Sus! Yo me voy a seguir mi romiage por esta encrucijada.

ANGÉLICA. ¡Oh, ciego Cupido, sojuzgador de los juveniles coraçones, de quien proceden aquellos desseos agora dulces, agora amargos, con los cuales nuestro ánimo se recrea! Si acaso fuiste inclinado a alguno que debaxo tu poderoso imperio militasse, inclínate a nosotros, óyenos, socórrenos, ayúdanos. Y hazlo, señor, no por mí, mas por aquel arco y aljaba y flechas a quien todos los enamorados se inclinan. Haz, señor mío, que yo te pueda sacrificar, no incendios, no vitelos, ni humos de enciensos, ni cosas muertas, mas aqueste misero coraçón mío y más, si más me resta, para que venga en efeto este nuestro lícito amor. Hembras que siempre os mostráis piadosas a los amorous negocios y habéis probado las enamorosas flechas, rogad por mí, pudiendo socorrerme, porque no hay mayor señal de humanidad que haber piedad de un misero. Mas, ¡ay, triste!, ¿qué gente armada podría ser aquesta que veo a la puerta falsa? Temor me ha puesto. Yo me voy, que sin duda es Casandro que me viene a sacar en cambio de la gitana. Yo le voy a rescebir.

GARGULLO. Señora Agueda, ¿qué's esto?, ¿qué demonio habéis urdido y tramado acá?

ÁGUEDA. ¿De qué te ríes, Gargullo?

GARGULLO. ¿Sabes de qué me río? De mi amo Acario.

ÁGUEDA. ¿Y qué ha hecho tu amo Acario?

GARGULLO. Tu marido Lupo le ha metido en un saco y llevado al cimiterio y le ha puesto encima de una sepultura y está dando gritos como un asno. Y tengo miedo que un disciplinante que está allí no encuentre con él.

ÁGUEDA. ¡Ha, ha, qué gran plazer es el mío!

GARGULLO. ¿De qué te ríes tú agora, hermana, Agueda?

ÁGUEDA. ¿Sabes de qué me río?

GARGULLO. ¿De qué?

ÁGUEDA. Que aquel disciplinante que dizes... ¡Oh, si supieses quién es!

GARGULLO. ¿Quién es, por tu vida, Agueda?

ÁGUEDA. ¿Sabes quién? Tu ama Barbarina, que yo le he mandado que vaya en aquel hábito a coger tierra de difuntos. Pero veslos dónde vienen.

BARBARINA. ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Socorro, socorro!

GARGULLO. ¿Con quién lo habéis, con quién lo habéis?

BARBARINA. El diablo que viene tras de mí armado. ¿No le veis?

ACARIO. ¡Hu, hu, hu!

GARGULLO. ¡Ha, ha, ha!

ÁGUEDA. No sé cómo no soy muerta de pura risa. Por tu vida, Gargullo, que te vayas a templar esos laúdes, porque están muy desacordados.

GARGULLO. Yo pienso que no bastará toda la concordancia del mundo a templallos.

ÁGUEDA. ¡Sus! Yo me quiero volver a mi casa, porque ya Casandro se habrá desposado con Angélica, según lo dexé concertado con mi marido Lupo, y cobrar los veinte y cinco ducados a la gitana ofrescidos, sin los demás que tocan a mi trabajo. ¡Ah de casa!

LUPO. ¿Quién es?

ÁGUEDA. Yo soy, marido. Abríme essas puertas, que os tengo mucho que contar.

LUPO. Entrad, descanso mío, bonito. Catá no caigáis. Dadme essa mano.

(Aquí sale Medoro huyendo y Acario y Barbarina tras d'él.)

ACARIO. ¡Hola, hola, señora muger! Aguijad, aguijad, que mi amada Angélica se va huyendo por la calle. Tomá el manto.

BARBARINA. ¿Por dónde va? Andá vos que luego voy. ¡Gargullo!

GARGULLO. Señora.

BARBARINA. Aguija tras tu amo Acario, que va en seguimiento de Angélica.

GARGULLO. ¡Cómo! ¿Quién la lleva?

BARBARINA. Nadie, sino que huye de casa.

GARGULLO. ¿Que huye? Daca la espada, daca mi broquel, daca mi jaco y guantes.

BARBARINA. Anda, ladrón, que no es menester nada d'esso.

GARGULLO. ¿Por dónde va, señores?

ANGÉLICA. Aguijad, señora Agueda. Tornadme a mi casa agora que hay tiempo y sazón.

AGUEDA. ¿Qué tiempo? ¿Cómo lo sabéis?

ANGÉLICA. Que yo he visto mi padre y madre en pos del hijo de la gitana.

AGUEDA. ¿Cuál? ¿Aquel que pusimos en vuestro lugar?

ANGÉLICA. Esse mismo. Pero yo quiero hazer una cosa muy buena, que cuando mis padres tornen a casa, fingiré un buen semblante, diciendo que a qué efeto han salido de casa con semejante alborote, de suerte que quede yo libre y que ellos no sepan si duermen o velan.

AGUEDA. Digo que habéis acordado muy bien. Esperá y acompañaros ha mi marido. ¡Señor marido!

LUPO. Señora muger.

AGUEDA. Salid y acompañad aquí a la señora Angélica hasta su possada.

LUPO. De gracia. Vamos, señora.

ANGÉLICA. Mercedes, señor Lupo. Andá con Dios, pues ya estoy en salvo.

LUPO. Beso las manos de vuesa merced, y perdone.

GARGULLO. ¡Oh, pecador de mí, pecador de mí!

LUPO. ¿Qué has, Gargullo? ¿Dónde bueno vas?

GARGULLO. ¡Oh, hermano Lupo! Mi señora Angélica huida de casa y, a lo que creemos, ella está llena de espíritus.

LUPO. Y agora, ¿dónde bueno vas, hermano Gargullo?

GARGULLO. Sabed que voy por dos manteos a casa, el uno para mi señora la vieja y el otro para la moça. Y esto porque no sean conocidas.

LUPO. Pues vas a tan buena obra, no te quiero estorbar. Anda con Dios.

[GARGULLO]*. Y Él te guie, hermano Lupo, que hoy me han cabido en suerte locos y endemoniados.

—¡Ah de casa! Abrid, cuerpo del cielo. No me hagáis estar a la puerta dando voces en la calle.

ANGÉLICA. Bien entendido tenía yo que sería el loco de Gargullo.

GARGULLO. ¡Jesús, Jesús! ¿Qué's aquesto?

ANGÉLICA. ¿Qué dizes? ¿De qué te fatigas? ¿Quiéresme dezir algo o quieres subir?

GARGULLO. Yo pienso haber hoy entrado en la casa de los locos, que, por estar d'este arte, tengo enviado mi sentido a Baco.

ANGÉLICA. ¿Qué diablos estás fantasseando?

GARGULLO. Digo que os conjuro de parte de Dios y de señor Sambido que me digáis si sois ánima o si sois algún espíritu fantástico.

ANGÉLICA. Aquesso te ha causado el mucho beber.

GARGULLO. ¿El mucho beber? ¡Beso las manos de vuesa merced! ¡Por Dios, que está donoso mi yerno! Si agora en este punto os dexé en casa de un vezino de vuestro padre, y vuestra madre con vos, y me enviaron por dos mantos, el uno para vos y el otro para ella, y os he dexado muy bien ligada acullá y os hallo desligada acá, ¿qué diablo queréis que diga?

ANGÉLICA. Sin dubda tú has perdido el juicio.

GARGULLO. Pues, ¿qué diablos haré yo agora?

ANGÉLICA. ¿Qué? Que te vayas a llegar a mis padres, que ellos deben de tener los espíritus. Anda, vete, y hazerles has dar señal, que acá no te entendemos.

GARGULLO. Pues, señora, por amor de Dios que no os mováis de aquí hasta que yo torne.

ANGÉLICA. Ve, que no haré. No dudes.

GARGULLO. ¡Jesús, Jesús! ¡Si no tengo temor de ir solo por la calle, que creo que todo está espiritado!

SCENA SEXTA

INTERLOCUTORES

MEDORO, hijo de Acario.—ACARIO, ciudadano.—BARBARINA, su muger.—ANGÉLICA, dama.—GARGULLO, lacayo.—UNA GITANA.

MEDORO. Señores, catad que os digo que me dexéis.

ACARIO. ¡Ay, hija mía! Por amor de Dios que no se te ponga tal en el pensamiento, sino camina y curarte han d'essa enfermedad. Y cuando te hayas confesado, remanescerás sana y contenta.

MEDORO. Confessaos vos, que debéis de ser algún malaventurado.

ACARIO. ¿A tu padre?

MEDORO. ¿Cuál padre? Ni quiero que seáis mi padre, ni veros tampoco.

BARBARINA. ¡Ay, hija mía! Yo te encomiendo al señor San Bartolomé. Y ten confianza en Dios, que no morirás d'este mal.

MEDORO. ¡Ay, Dios! ¡Y no estuviera yo desligado!

BARBARINA. Tened entendido que ella tiene alguna legión de espíritus.

GARGULLO. Señor, todos tenemos hoy el diablo en el cuerpo, que vuestra hija Angélica yo la dexo en casa.

ACARIO. Calla, borracho.

GARGULLO. ¿Borracho? ¡Agora lo sabréis!

ACARIO. Llama ya en essa puerta.

GARGULLO. ¿Que llame? Espera, pues. ¡Ah de casa!

ANGÉLICA. ¿Qué novedades son aquessas? ¿Adónde tenéis el entendimiento, señor padre y señora madre?

ACARIO. ¡Muger!

BARBARINA. ¡Marido!

GARGULLO. ¡Ah, señores! ¿Estoy agora borracho?

ACARIO. Digo que tienes razón. Barbarina, ¿qué os parece d'esto?

BARBARINA. Y, ¿qué os parece a vos?

ACARIO. ¿A mí? Que no sé si es espíritu o si es Angélica.

MEDORO. Dexadme ya. ¿N'os lo he dicho, viejos endiablados?

ACARIO. Ven acá. ¿Tú quién eres?

—Barbarina, no sé qué me diga, que aquella me parece a mí a Angélica.

BARBARINA. Y a mí aquesta. ¿Y a tí, Gargullo?

GARGULLO. A mí aquesta y aquella.

ACARIO. Anda, vete, loco. ¿Cómo puede ser aquesta y aquélla? Pero dexémoslas a ambas y traigamos algún conjurador, que si alguna d'estas es espíritu, no será tan importuno que no se vaya.

GITANA. Buenos días, buenos días. Ven acá, rapaza. ¿Adónde te has escondido?

MEDORO. ¡Ay, amada madre!

ACARIO. ¿Cuál madre o cuál diablo?

GITANA. Madre soy de aquesta mochacha. Dexadnos en paz, que aquesta es mi hija.

ACARIO. ¿Cuál hija?

GITANA. Y vosotros, ¿por qué habéis ligado la mochacha como bestia en caballeriza?

ACARIO. ¿Que aquesta es tu hija? Tú mientes por mitad de la cara. ¿No está claro que dizes grandíssima falsedad y mentira?

GITANA. Tú eres el que dizes la mentira, que aquesta es mi hija.

BARBARINA. Está queda, muger de bien.

ACARIO. Gargullo, ¿qué hazes? Ayúdanos aquí.

GARGULLO. ¿Qué os tengo de ayudar, si la habéis dexado desligar?

GITANA. Ahora, señores, yo os veo a todos en gran confusión. Y si me perdonáscedes un hurto que en algún tiempo se os hubiese hecho, yo os declararí a vista de los ojos, clara y distintamente, cuál de aquestas es vuestra hija.

GARGULLO. ¡Ah, ladrona! ¿Venida sois a pagar el saco de carbones que me hezistes encreyente que eran dineros, y la cadena de mi señor Acario, y mi escudo y capa? Todo me lo habéis de dar aquí juntamente.

ACARIO. Déxala estar, Gargullo, que más que todo esso se le ha de perdonar con que nos saque d'este laberinto.

GITANA. Y vos, señora, ¿perdonáisme?

BARBARINA. Yo, ni más ni menos.

GITANA. Pues ya que estoy perdonada de ambas partes, dezíme. ¿Habéis tenido más hijos que aquesta moça?

ACARIO. No más que aquesta sola.

GITANA. ¿Que nunca tuvistes hijo alguno?

ACARIO. Sí, otro hijo tuve que nació con ella y de un mismo parto.

GITANA. Y esse hijo, ¿es vivo?

ACARIO. No es vivo. ¡Oxalá nos viviera!

GITANA. Y veamos. ¿Cómo lo sabéis?

ACARIO. Yo os lo diré. Enfermó de una fiebre mortal y, en cuatro días, se nos murió.

GITANA. ¿Acuérdase bien, señor, si es muerto?

ACARIO. ¿No os digo que se nos murió? Y estando en la cuna se nos disfiguró, que en rostro y faiciones era semejante a su hermana.

GITANA. Mira, señor, no te lo hubiessen cambiado en la cuna.

ACARIO. ¿Quién me lo había de cambiar o cómo?

GARGULLO. Señor, guarte d'ella, no te quiera hazer alguna burla, que es una ladrona.

GITANA. ¿No os acordáis que en aquel tiempo andaban los gitanos por el mundo?

ACARIO. Veríssimo es.

GITANA. Pues oídmé, oídmé, que yo soy aquella que os

robó vuestro hijo Medoro, el cual es este. Y el que se os murió era un gitanico, hijo mío.

ACARIO. ¡Sancta María! Señora, hermana, enséñamelo, que si él es, ha de tener un lunar en la frente baxo el cabello.

GITANA. Vesla aquí, señor, vesla aquí.

ACARIO. ¡Oh, caríssimo hijo Medoro! Ven, ven, reposa en los braços de tu padre.

BARBARINA. ¡Ay, hijo Medoro! ¿Y es possible que eres vivo, después que yo por muerto te tenía?

MEDORO. Sí, que soy vuestro hijo Medoro y soy vivo.

BARBARINA. Angélica, hija, abaxa de presto a abraçar a tu hermano.

ANGÉLICA. Que me plaze.

GARGULLO. Pues, ¡yo he de quedar sin abraçarte? Espera.

ANGÉLICA. ¡Ay, caro hermano! Que no puedes negar aquel que tú eres.

MEDORO. Ni menos tú, mi caríssima Angélica.

ACARIO. Mirad con qué regozijo se recobraría hurto como aqueste ni con tanta cerimonia.

GITANA. ¿No os parece que habéis sido venturoso haber hallado un hijo gentil hombre y hermoso, y assi criado d'esta suerte?

ACARIO. Digo que tenéis razón. Y de aquí adelante ternéis en mí un hermano, y en mi muger una hermana, y en cualquiera d'estos un hijo.

ANGÉLICA. Ya que habéis perdonado a la gitana, señor padre, hazed cuenta que las perdonanças son hoy generales.

ACARIO. Assí es la verdad.

ANGÉLICA. Luego suplícoos que me perdonéis un pecado.

ACARIO. Di, hija, que todas las culpas se perdonan hoy en esta casa por mí.

ANGÉLICA. Habéis de saber que me he desposado con Casandro, gentilhombre, rico y bien acostumbrado, y natural de la villa misma.

ACARIO. ¿Casandro? Está bien. Señora muger, désse perdonança a todo, hazéme este plazer.

BARBARINA. ¿Assí que con Casandro? Soy contenta.

GARGULLO. Señor, también quiero yo que me perdone a mí un pecado tamañito.

ACARIO. ¿Qué pecado?

GARGULLO. Que me he casado con la señora Estela.

ACARIO. ¿Con Estela, traidor?

GARGULLO. Señor, sí, perdóneme, que cuando estuvimos en aquel peligro de los correonazos, hize promessa que, si Dios me escapaba d'ellos, de me casar con una moça pobre. Y assí, he tomado a la señora Estela por muger. Ruégoos que nos favorezcáis para poner una tienda de azeite y carbón y solimán.

ACARIO. Anda, que yo te perdono.

—Hijo Medoro, toma a tu hermana Angélica por la mano y entraos allá dentro. Y tú, Gargullo, con toda la criança del mundo, llamarás a Casandro para que se efetúen sus bodas y las tuyas.

GARGULLO. Señor, que me plaze.

—Ea, señores. Cada uno se vaya a su possada, que si toda la gente que está allá dentro y vuessas mercedes han de comer en casa, bien podemos echar a coquer la mula y su gualdrapa y todo. Y, por tanto, perdonen.

FINIS

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

GLOSARIO

Tal como indicamos en las líneas que explican los criterios seguidos para la preparación del texto que ofrecemos, hemos modernizado todas las grafías, excepto en aquellos casos (s, ss, ç, c, z, x, g, j) en los que las vacilaciones de la edición *princeps* pueden significar un estado de lengua, el que se produce durante el cambio del sistema fonológico ocurrido en la lengua castellana durante el siglo xvi.

En nuestro glosario hemos recogido las palabras que nos parecen de difícil comprensión y hemos preferido no reducir las entradas por la enumeración de procedimientos fonéticos generales (conservación del grupo *sc*, metástasis, no diptongación, contracción, etc.), porque así el lector puede disponer, en la extensión, de testimonios suficientemente reveladores sobre la lengua del teatro de Lope de Rueda. Por otra parte, la prodigalidad con que aquí hemos actuado reduce al máximo las notas explicativas. Teniendo en cuenta las características particulares de las distintas *hablas* identificadas con los comportamientos escénicos de ciertos personajes estereotipados, las hemos señalado con las marcas HN (habla de las negras), HG (habla de la gitana), HM (habla del moro) y HB (habla de los bobos).

Cuando una forma léxica conlleva un significado que se aleja del común, la hemos dado con su contexto, para facilitar su localización y comprensión. El glosario recoge igualmente la explicación o versión a la lengua de la norma dominante de ciertos sintagmas fijos y frases proverbiales, de formados en las distintas *hablas* de las comedias.